

V

EL CORREO
20.07.14

VERANO DOMINGO



LAS ILUSIONES MUERTAS

Angrois, la aldea gallega donde descarriló el Alvia, intenta olvidar el accidente que dejó 80 fallecidos

Un tren circula por la curva de A Grandeira, en Angrois, el lugar donde hace un año descarriló el Alvia que llegaba a Santiago. :: FERNANDO GÓMEZ

LA MUJER DE PEDRO
SÁNCHEZ, EXPERTA
CAPTADORA DE
FONDOS PARA ONG [P6]

CRISTINA CIFUENTES:
«NO LIGO NADA,
PERO TAMPOCO
QUIERO» [P8]



Volver a vivir
Pilar Lamos y Martín Rozas en la barra de O Teré, en Angrois, observatorio privilegiado de este último año.

Un año después de la tragedia, la aldea de Angrois pelea por sacudirse los malos recuerdos que la han colocado en la memoria negra de España. Los afectados sobreviven con la esperanza de que se haga justicia

JULIÁN
MÉNDEZ



Se presentó en la aldea de Angrois cinco días después del accidente. El hombre vestía bien y llevaba una especie de hisopo para bendecir bajo el brazo. Prometió limpiar Angrois de los espíritus de los muertos porque, aseguró, tenía trato directo con sus fantasmas. «Pero el único fantasma era él», replica Pilar Lamos, 30 años detrás del mostrador de O Teré. Lo echaron a patadas.

Este año no fue plato de gusto para los vecinos de Angrois. «Ha sido un sacrificio vivir aquí; muy duro, muy duro... Te vienen los familiares, te cuentan sus penas y tú aguantas y lloras con ellos. Te tocan, te dan un beso... y se van contentos. Pero todas esas penas me las quedo yo», se lamenta la mujer en este espacio antiguo y vacío decorado con vetustas botellas de Rioja, fotografías de batidas de caza y viejas alineaciones del Real Madrid y del Dépor.



◀ **Sin padre ni cuñada**
Esperanza Fernández Iglesias perdió a su padre, Isidoro, y a su cuñada, que acudían a Santiago para el bautizo de su primer hijo. Su hermano fue herido grave.

▶ **Los que ayudaron**

Oscar Mateos, guardia civil que vive en Coria, fue uno de los pasajeros que ayudó a atender y evacuar a los heridos en las primeras horas. :: LORENZO CORDERO



EN MANOS DE LOS JUECES

Luis Aláez ha sido el juez encargado del esclarecimiento del siniestro. Tras solicitar el traslado a otro juzgado, su puesto lo ocupa el juez Andrés Lago Louro, un profesional que se ha ganado también fama de magistrado independiente y capaz.

20.000

folios contenidos en 47 tomos forman el sumario judicial abierto tras el descarrilamiento del Alvia 04155. El único imputado hasta hoy es el maquinista.



◀ **Los asistentes**

Daniel Fernández e Ismael Taboada trabajaron aquella noche en el lugar del siniestro. Carmen Reigla coordinó a los equipos de Cruz Roja de Galicia.

▶ **Solo en el dolor**

Ángel Pinacho perdió a su madre en el accidente de Santiago. Ahora batalla para que se haga justicia a las víctimas. :: JOSÉ RAMÓN LADRA



:: FOTOS: FERNANDO GÓMEZ

Pilar es la encargada de cumplir las mandas. De ponerles agua a las rosas blancas que dejan los familiares, de proteger los cirios de la lluvia bajo un banco, de volver a prenderlos cuando escampa, de retirar los ramos ya marchitos... «Sobre todo recuerdo a un señor mayor, de unos 80 años. Venía todos los días a la valla y se pasaba media hora llorando agarrado a ella. Un día le pregunté qué le pasaba. Calló. Se me acercó al cabo de dos meses. 'Quería darle una explicación y hasta ahora no pude: aquí me murió la hija y la nieta y yo me quedé solo'».

Angröis, un nombre cosido a la memoria del dolor, es una aldea partida en dos por el trazo mecánico de la vía férrea. Esta isla verde, con sus castaños y sus vacas a tan solo 10 minutos a pie del Hipercor de Santiago, quiere sacudirse esa especie de luto perpetuo que vino a instalarse aquí la víspera del Apóstol a 179 kilómetros por hora. Siempre hay movimiento en el lugar de la tragedia: grupos de pe-

regrinos que llegan por la Ruta de la Plata se detienen y rezan en el lugar, curiosos observan las notas manuscritas ('Celtia Uxia tu abuela Tete no te olvida'. 'Nunca nos olvidaremos de los que pagaron con su vida los errores de otros'), las decenas de pulseras y cabos atados en la verja, el cachirulo maño deshilachado por el viento y la lluvia o la camiseta marrón con el lema '43 muertos+47 heridos=0 responsables' que recuerda el accidente de Metrovalencia...

Hace unas semanas, relata Pilar Lamos, vigia permanente de este enclave, hasta apareció en el puente que domina la curva de A Grandeira un grupo de indios americanos: Rodearon el cruce de piedra morena que recuerda la fecha y danzaron a su alrededor, «con mucha educación» y ante la mirada de una patrulla de la Policía Municipal que les dejó ulular mientras batían sus lanzas grandes y sus penachos de plumas. Angröis es una suerte de sumidero metafísico del dolor.

«Fue criminal. Esta casa tembló toda. Estábamos aquí, hablando con Xuxo Zas, rebobinando la película de vaqueros que acababan de dar en la tele. Salimos y encontramos el vagón en la marquesina, ferro contra ferro. Metía miedo. Empezó a echar fuego y humo negro. 'El tren, el tren...', gritamos. Aquí delante había cuatro muertos. Vimos cabezas, cachos de carne... Y luego un silencio terrible», dice Manolo, a quien llaman 'Mourullo'.

Todos tienen aquí un recuerdo abrumador de aquellas horas. Chicos «duros» de 15 años que se metieron de cabeza en los vagones a

sacar heridos y muertos, vecinos como Anxo Puga que, medio descalzos, acarrearón tabloncillos, mantas, sábanas y agua en mitad del horror. «El tren era como un puzle de seis piezas que no era capaz de comprender», dice Anxo.

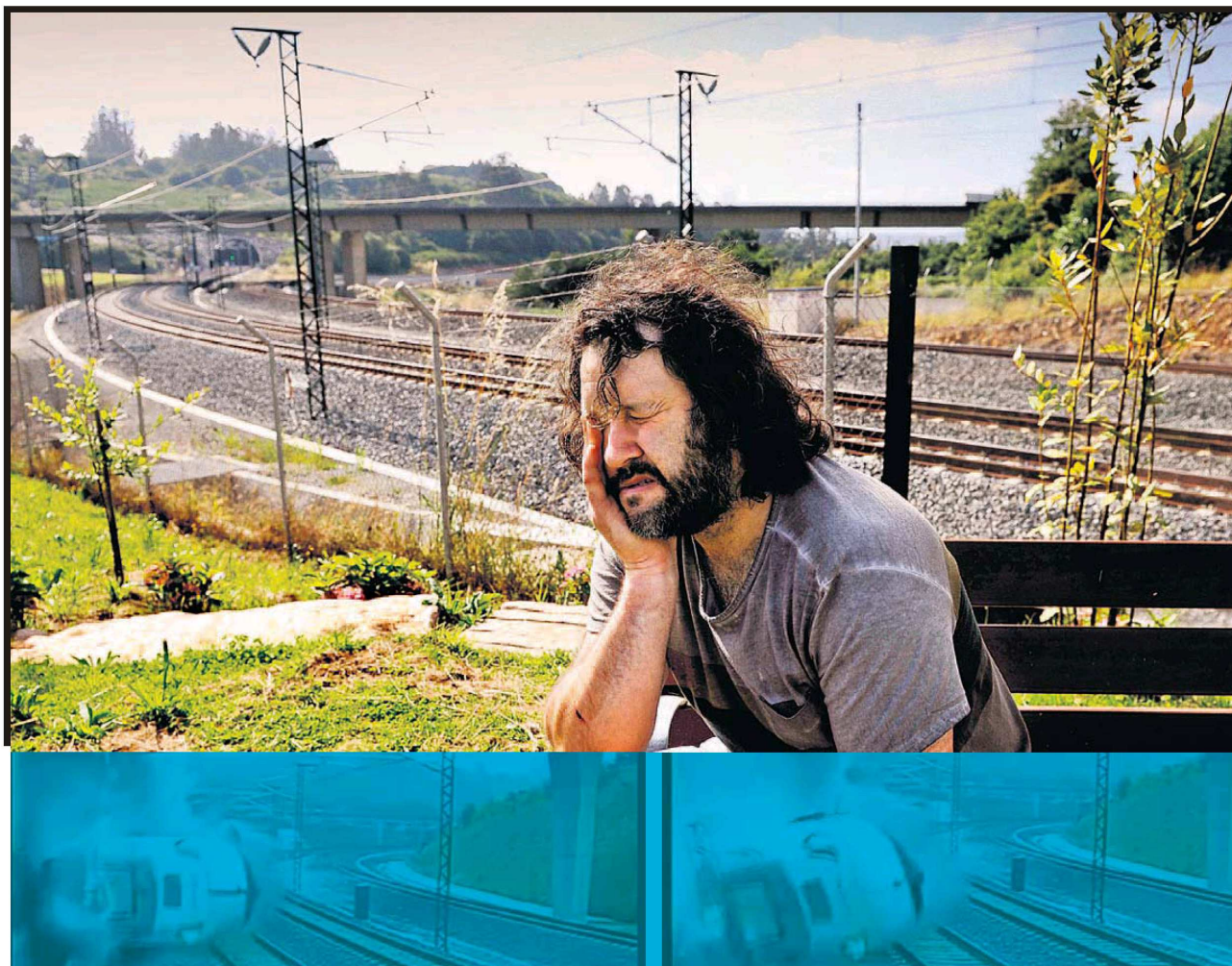
Hija y cuñada de la tragedia

Esperanza Fernández Iglesias («hija, cuñada y hermana de una tragedia», se presenta en Whatsapp) esperaba en la estación de Santiago, embarazada de seis meses y medio. «Siempre lo anunciaban dos minutos antes y, al poco, asoma el morro... Estaba mirando para las vías cuando oí un revuelo en el hall. En ese momento empieza el guion de una película de terror: la incertidumbre, la espera, el horror... Llamé a sus teléfonos. El de mi padre, Isidoro, que venía al bautizo de mi primer hijo, nunca sonó...». Los recuerdos se agolpan en la voz de Esperanza que revive cada instante hasta el mínimo detalle: los quesos de Malagón que su difunto padre, un manitas de Tir-

teafuera (Ciudad Real) al que llamaban 'El Pintas', cargaba siempre que visitaba a su hija, el fajo de billetes en la cartera que nunca apareció para pagar el bautismo del nieto, la tarjeta amarilla de evacuación que recibió su hermano Isidoro... Isidoro, el artista, el grafitero que ahora hace el Camino y que pasó meses de morfina ingresado en la Unidad de Quemados. Isidoro, que ha dedicado un inmenso mural en Santiago a la memoria de su chica, Marta Jiménez, una chiquilla que adoraba las mariposas... «Solo siento desolación y pérdida, rabia... Desde entonces lloro por todo. Nos rompieron las ilusiones. Todo esto me pesará un día. Sobre todo me duele... que no pude despedir a mi padre. Pero bauticé a mi hijo de todas maneras. El sábado 27, como habíamos previsto», remacha.

«Sí, trabajamos con personas que estaban pasando por el peor momento de sus vidas», susurra frente a un vaso de agua helada Ana Martínez Arranz, ▶

«Nos rompieron las ilusiones. No pude despedir a mi padre, pero, pese a todo, bauticé a mi hijo»



➤ la psicóloga que coordinó el apoyo a las víctimas, la comunicación de los fallecimientos, los ámbitos de recogimiento y soledad para los familiares en aquella noche de negra sombra.

En Angrois, al atardecer, un vecino nos muestra un libro con fotografías nunca publicadas de la tragedia. Es cualquier cosa menos agradable. Volvemos la vista hacia los tres castaños enormes del otro lado de las vías, donde irá el futuro parque infantil por el que pelean estos vecinos a quienes se ha propuesto para el Príncipe de Asturias de la Concordia y que, en cuanto les dejemos, volverán a la plácida vida de la aldea, a sus magostos de 'caña' y a sus carnavales. «Hicimos lo que se hace aquí siempre. Cuando un viejo se cae en la calle corremos a levantarlo. Lo del tren fue así también».

A Isidoro Castaño se le murieron los viajeros en las manos. «Pero no somos ni héroes ni ángeles ni leches», se enfada Martín Rozas. «Lo peor fue que una mano te tiraba de

una pierna. Tienes que elegir. Tienes que ser dios, decidir quién va a vivir y quién se queda dentro del tren. Yo no sé lo que es la guerra, pero muy distinto a aquello no debe de ser», dice con la mirada perdida en un pequeño limonero del jardín por donde su abuela, enlutada, pasea sin fatiga con una varilla de junco en la mano. «Aquí no se habla del accidente para nada, los psicólogos dicen que no es buena cosa. Ya lo superaremos nosotros solos», cabecea.

Nadie se sienta en O Soutiño

En Angrois es muy fácil caer en la trulucencia, en el morbo. Manolo Fernández Otero, carnicero y matarife en el mercado, relata escenas que ponen los pelos como escarpias: el hombre que muere como los carneros, golpeándose la cabeza contra el cemento, o aquel chaval que habla como si tal cosa, pero con el cráneo abierto, con su novia muerta. «Después de aquello, lo que me echen. ¿Qué más puedo ver ya en mi vida?», se lamenta.

Uno de los vagones saltó el parapeto y vino a depositarse en lo que las gentes de Angrois llaman pomposamente la plaza, apenas unos pocos metros cuadrados de asfalto limitados por el muro de cemento que cerca una casa. Durante muchos meses ningún vecino quiso sentarse en los tres bancos de madera que se plantaron en el punto mismo donde cayó el vagón, en O Soutiño. Hoy ya sí.

En su casa de Barollobre (Fene), a cinco kilómetros de Ferrol, Lidia Sanmartín Novo sueña con el día en que pueda ponerse de nuevo su traje de bailar, con el dengue rojo y

negro, el mantón de Manila y los bordados ricos de azabache. Gaitera, pandereteira y abogada en Madrid, a Lidia (32 años) la colisión le partió seis costillas. Pulmones perforados. Todavía no puede ni hinchar el fuelle. Y las tres fracturas abiertas y sucias de tibia y peroné la han sometido a una reeducación para poder andar de nuevo. «Ha sido un año más largo que ningún otro. Hoy quiero ser lo que era, una persona libre e independiente. Entonces lloraré lo que no he llorado todavía», dice.

La peor de las pesadillas de Julián Álvarez, jefe de anestesiistas del Hospital Clínico de Santiago, cobró vida hace un año en la curva de A Grandeira. «Mi gran temor de siempre fue un accidente múltiple. La angustia de nuestra profesión es caer en desasistencia, no poder atender a heridos críticos por falta de medios. No fue así. Me sorprendí de lo buenísimo que es este hospital y de la entrega de sus profesionales. Hasta hubo enfermos que pidieron el alta volunta-

ria para dejar sus camas libres. Fue terrible, pero aprendimos muchísimo. En invierno yo voy en ese tren...», dice Álvarez.

Este magma de vida y muerte, de recuerdos sombríos e ilusiones esperanzadas, late en los miles de personas que, de un modo u otro, han quedado tocadas para siempre por la tragedia de Angrois. Cristóbal González Rabadán recorre estos días el Camino de Santiago en bicicleta junto al amigo que hizo en la ruta el pasado año, Óscar Luis Mateos, un guardia civil en excedencia y profesor ahora en Coria. González Rabadán preside Apafas, una de las plataformas de afectados, y fue uno de esos temerarios salvadores que ayudaron a evacuar los vagones. «Lo recuerdo todo, como si acabara de suceder ahora mismo», dice este antiguo capitán de Aviación que ocupaba el asiento número 9 del primer vagón.

«Jodé, qué rápido va esto», le dije a Óscar. «Esto descarrila». «Imposible», me respondió. Y nos dimos un golpetazo contra el muro de ce-

«Hoy quiero ser lo que era, una persona libre. Entonces lloraré lo que no he llorado»

◀ Malos recuerdos

Anxo Puga, uno de los jóvenes vecinos de Angrois, recuerda lo sucedido hace un año mientras trabaja por conseguir un parque para los niños de la aldea.

La promesa ▶

Cristóbal González, presidente de la asociación de afectados Afapas, recorre estos días el Camino para llegar a Santiago el día 24. Debajo, momento en que fue evacuado del tren.

:: J. J. ALBELDA



mento. Recuerdo sobre todo los chispazos. El panorama era dan-tesco. Óscar estaba en la otra pun-ta. La gente del vagón chillaba, llo-raba, pedia ayuda... Lo primero que pensé fue en salir. Temía que el va-gón ardiera o reventara. Pero cuando ves personas debajo de tus pies pidiendo ayuda, decidí no irme.... Ves lo que no has visto an-tes. Un silencio largo y, luego, los gritos. Una mano me agarró el to-billo. Era una mujer, le dije que no se preocupara, que ella iba a salir de allí antes que yo... 'Dios te ten-ga en la gloria', dijo».

Hoy González Rabadán, con su maillot ciclista, pedalea camino del Apóstol. «Ha sido un año nada fácil. Estoy desmotivado, sin ilu-siones... Un recuerdo te hunde. Por mi me hubiera ido a un mo-nasterio. ¿Qué pinto ya en esta vida?», se pregunta.

«Lo que me quedará para siem-pre es aquel olor. Plástico, humo... la oscuridad y el silencio», recuer-da ahora Ismael Taboada, uno de los primeros voluntarios de Cruz

Roja que llegaron a Angrois. «En-tre nosotros se ha creado un vín-culo especial, compartir aquella experiencia tan extrema nos ha transformado. Solo los que estu-vieron allí saben lo que vivimos», sostiene Taboada junto a una de las cinco ambulancias que partici-paron en las evacuaciones.

Un hijo en el andén

Desde esta esquina de la barra de O Teré se ve la curva donde a las 20.40 horas del miércoles 24 de ju-lío descarriló a 179 kilómetros por hora el Alvia 04155 que cubría la ruta Madrid-Ferrol. Hubo 80 pasa-jeros muertos y 147 heridos. Al caer la tarde, media docena de parro-quianos se toman unos botellines de Estrella Galicia a la fresca. A la vuelta de la esquina están los ho-menajes y las medallas. Ellos ya han declinado asistir el día 24 a la ceremonia organizada por la Xun-ta, pero estarán el 25 junto a los Reyes en Santiago. Solo quieren pasar página, enterrar de una vez y para siempre esos malos recuerdos

y la tristeza infinita que como una mala niebla se cierne sobre la aldea.

Pero no solo allí. Ángel Pinacho había acercado aquel día hasta la estación de Chamartín a su ma-dre, María del Pilar Sastre (66), funcionaria jubilada del Ministe-rio de Trabajo. «Comimos en la cafetería y le ayudé a bajar la ma-leta al andén. Fue la última vez que la vi con vida», dice. «Tenía-mos mucha relación porque soy hijo único y mi padre murió hace 10 años. Estaba en la piscina con mis hijos cuando me enteré. Cogi un billete en Ryanair con Rumbo. Con las reservas hechas triplica-ron el precio... No tenía confirma-ción de que mi madre estuviera entre las víctimas. Llegué al pabe-lón. Silencio. Solo oía los llantos. Fue un momento tremendo. Des-de entonces, toda la familia está tratando de asimilar su muerte. Llora. Llora a menudo. El jueves habrá un homenaje a las víctimas en Angrois. Pero no creo que esté preparado para estar en esa curva maldita...».

La mala vida del maquinista Garzón

Me quiero morir, no quiero ver esto», sollo-zaba el maquinista Francisco José Garzón

Amo, con la cara cubierta de san-gre y media docena de costillas ro-tas, poco después del accidente de Angrois. «Espero que no haya muertos, porque caerán sobre mi conciencia», dijo entonces. Han sido sus últimas palabras. Desde aquella tarde, la vida de este vete-rano maquinista ha tenido muy pocas horas de sosiego.

Garzón, de 53 años, vive con su madre, una mujer mayor, que ha-bía perdido a un hijo en accidente de tráfico. Estaba adscrito a la resi-dencia de Coruña, viviendas para ferroviarios como las de Monforte de Lemos donde Garzón, hijo de la empresa, creció. «Pero sufrí mu-cho acoso y cambié de domicilio. Ahora ni yo sé dónde vive. Me co-munico con él por teléfono», se-ñala Manuel Prieto, abogado de-fensor del maquinista. «Tuvo le-siones físicas muy importantes de las que se recuperó y sigue con apoyo psicológico y de baja labo-ral. Está intentando recuperarse; pero estos días no van a ser buenos para él. Piensa irse a otro sitio, aunque verá cosas en los períod-os y en televisión. Y los recuer-dos siempre estarán ahí. Los ma-quinistas, o van a la cárcel o van a la tumba. Pero en un sistema fe-rroviario seguro no deberían pro-ducirse accidentes», proclama el abogado Prieto.

La investigación de las circuns-tancias que concurrieron en el ac-cidente del Alvia ocupa ya 47 to-mos y más de 20.000 folios en las oficinas judiciales de Santiago. El juez Luis Aláez, que investigó con mano firme el suceso, acaba de ser sustituido en la instrucción del caso por Andrés Lago Louro (Mu-rros, 1973), un juez de 41 años de trato abierto y amable, con expe-riencia en la investigación del nar-cotráfico y que dirigió la Opera-ción Orquesta sobre una presunta

trama de corrupción en la Costa de la Muerte.

Lago Louro ha pedido vacacio-nes este mes para estudiar el ex-tenso expediente y aprovechará también la escasa actividad de agosto para dejarse las pestañas en un sumario repleto de complejos detalles técnicos ferroviarios.

Además de imputar al maqui-nista Garzón, el juez Aláez citó a declarar a 12 directivos de Adif con el ánimo de dirimir la responsabi-lidad de la compañía en los supues-tos fallos de seguridad detectados. «Esa línea de investigación fue, sorprendentemente, recurrida por el fiscal. Todos se acogieron a su derecho a no declarar... Estamos a la espera de los informes definiti-vos de los peritos. Esa será la prue-ba reina», apunta Manuel Alonso, abogado de la Plataforma Víctimas Alvia 04155. Los propios correos electrónicos que intercambiaba con sus colegas el jefe de maquinistas de Orense, advirtiendo de la des-conexión del ERTMS (Sistema Eu-ropeo de Gestión del Tráfico Ferro-viario), probarían, según las vícti-mas, que la vía carecía de las ga-rantías de protección necesarias.

«Las chapuzas del AVE»

«Mi línea de defensa será argu-mentar que la línea 082 de Alta Velocidad Orense-Santiago carece de todos los estudios de riesgos y medidas de seguridad adecuados y necesarios. Esa fue la causa prin-cipal del accidente. Un despiste o un lapsus del maquinista –argumenta el abogado Manuel Prieto– nunca debe ser causa de un accidente así. Hay tecnología y requisitos sufi-cientes para que esto no ocurra». De hecho, apenas una semana des-pués de la tragedia, Adif instaló un sistema de frenado automático a 4 kilómetros de Angrois para veloci-dades superiores a 160 kilómetros.

«Pero el AVE es la joya de la co-rona de España», ilustra Manuel Alonso, uno de los abogados de las víctimas. «Por eso nadie quiere sa-car a la luz sus chapuzas». Según estas fuentes, Andrés Cortabitar-te, el director de Seguridad en la Circulación en 2012 que tomó la decisión de rebajar las medidas de alerta en el tramo del siniestro, ejerció como perito judicial en la investigación del accidente del metro de Valencia en 2006 que causó 43 muertos y 47 heridos.

Los familiares de las víctimas que lo solicitaron (y a la espera de lo que depare el juicio en materia de indemnizaciones) recibieron 60.000 euros por cada víctima mortal. Este dinero corresponde al llamado Seguro Obligatorio del Viajero. Algunos heridos cobraron cantidades que rondaron los 7.000 euros. La compañía debió depoi-tar en el juzgado 2,3 millones para atender a la responsabilidad civil del accidente de Angrois.

